EL AMOR QUE NOS DEBIMOS

BIBIANA GARCÍA

La mañana que se encontró con el rostro confundido y trastocado de ella, Pedro Araujo supo de inmediato que la suma de todos sus años no había tenido más sentido que ese instante y entendió que había vivido, y tal vez nacido, sólo para volver a verla.

Era el primer noticiero de la mañana. Había pasado la noche en vela con la oreja pegada a la radio y el miedo agarrotado al cuello, intentando que la emoción y el nerviosismo no dispararan el volumen. No se fiaba del vecindario. Política y rumores nunca casan bien y política y patio de vecinos mucho menos. Por ahora, la esperanza ciega que tenía puesta en el devenir de esa madrugada estaría más a salvo entre sus cuatro paredes y luego, que cada cual se gobernara a sí mismo y sus reacciones. Asuntos políticos aparte, lo cierto era que la confianza no cuajaba nunca con sus vecinos porque ni él les dedicaba la menor atención ni ellos el tiempo suficiente para lograr un cambio de actitud en el desconocido. Era de natural amable, pero tan callado y distraído que el vecindario, allá donde vivía, terminaba pensando que algún tipo de trastorno impedía al hombre cruzar la línea de la mera educación y aplicar las costumbres de la normalmente ruidosa convivencia comunal. A él, sin embargo, lejos de lo que los demás pudieran pensar, la convivencia distante con los moradores del edificio le provocaba cierto reposo interior y el golpeteo de los enseres en las pilas ajenas, el olor de los cocidos que viajaba por el patio interior, el pitido de las cafeteras y el oxidado chirrido de los tendederos le ayudaban a llenar su austera y bastante más insípida rutina. Olores y sonidos solían venir acompañados de alguna que otra gresca vecinal que, no llegando a agradarle del todo, solían ponerle alguna sonrisa clandestina a sus días.

Con el temblor en las manos y un dolor amigo en la cadera se dirigió hasta el viejo aparato de televisión que apenas utilizaba y giró la ruedecilla del encendido. Enseguida la habitación se llenó de palabras grandes y hermosas, y de gente y de música y de una canción que los abrazaba a todos. Lo que debía ser ya estaba cumplido. Había seguido las noticias de cerca. La guerra estaba a punto de acabar y los aires de victoria impregnaban por anticipado las calles. Llevaba años alejado de la capital y de sus vaivenes. Fue en el retiro donde encontró la paz necesaria para escribir. Del fusil pasó a la pluma sin apenas darse cuenta, probablemente porque solo tuvo que poner en orden los versos que siempre había llevado dentro. El primer libro se le quedó sin páginas para tanta poesía y escribió otro y luego otro más. Y así, mientras el soldado se vaciaba crecía el escritor.

No se escuchaban disparos. Todos estaban avisados. No debían salir a la calle, pero nadie quiso perderse su victoria y la noche se llenó con los más ansiosos. Cuánto le habría gustado acompañar a sus conciudadanos, pero le pesaban las piernas y estaba viejo para revueltas.

La cafetera silbó reclamando su atención. Regresó con una tacilla de café negro y espeso y entonces la vio. Era ella. Mientras el café le salpicaba el pijama, la imagen le salpicaba el recuerdo. Una presión en el pecho hizo que se pasara la mano por la garganta y respirara hondo. Limpió sus gafas con la manga, se las colocó agarrándolas bien por detrás de las orejas y acercó un poco más la silla al televisor. Una marea de hombres y mujeres cantaba y se abrazaba. Ella reía gozosa y desenvuelta. Pasó la mano por la pantalla queriendo borrarlos a todos y quedarse a solas con ella, pero no pudo, no pudo.

Estaba ahora de espaldas, rodeada de otras personas: jóvenes y mayores, niños y ancianos, civiles y militares, periodistas, obreros, campesinos, tenderos, amas de casa, muertos de hambre, estudiantes, y ella, con el pelo recogido en un moño canoso y deshecho. El hombre agarró la cartera que estaba sobre la mesa y tembloroso rebuscó en su interior hasta que sus dedos comenzaron a tirar despacio del último de los bolsillos. No pudo evitar que el ahogo se le derramara en forma de agua y un hilillo salado que bajaba por la hundida comisura de los labios humedeció sus dedos que se esforzaban por sacar la imagen que tanto anhelaba ver. El papel blanco de seda que envolvía la fotografía absorbió la pena y el húmedo golpe, que se esparció redondo y grisáceo sin llegar a tocar el joven rostro de María Paula Cortés. Ella posaba con la serena belleza del pasado. Tenía la piel canela y los ojos soñadores y altivos. Su perfil caía suavemente del lado donde tres flores de tela adornaban el recogido de su cabello. La boca dibujada de color granate escondía, amplia y generosa, los placeres que todavía a Pedro, a su edad, parecían removerle vientre y alma. Tuvo que buscar con la memoria lo que no encontró con la mirada: una lengua caliente y húmeda que había permanecido enredada a la suya para siempre desde que la rozara por primera vez, sus pies descalzos y libres, el tostado tacto de su piel, la forma almendrada de su ombligo y la pronunciada curva de su cadera. Cuando dejó de imaginar, se aferró de nuevo a la imagen. El cuello desnudo de ella recibió una vez más la caricia del anciano pulgar. Tanto había frotado la blanca garganta y tantas veces había besado aquel rostro que el cartón había mudado brillos y colores y apenas se sostenía en los dobleces.

El ruido de la televisión lo devolvió a la pantalla. Con la foto en la mano y la memoria alterada recordó que ella estaba entre el gentío y pegó la cara a la pantalla para buscarla. Era ella, más blanca, menguada y tierna. Hallada y viva. Frente a él, María Paula Cortés. Su amada María Paula.

Eran muchos los sentimientos que apretaban el pecho de Pedro. De una parte, la alegría de la victoria, que le henchía el alma cada vez que se asomaba a la pantalla del televisor. De otra, la intangible y plana presencia de ella, lejana y muda. Decidió salir a comprar la prensa, pero ya en el rellano de la casa el enardecido alborozo de los vecinos y la multitud de curiosos que se arremolinaban por las calles le hizo cambiar de decisión. «Don Pedro, métase usted en su casa, que las calles son peligrosas» le dijo una de sus vecinas en un tono inusualmente cordial. La mujer le lanzó un beso cómplice al aire desde la galería y luego se llevó la mano al pecho sin dejar de sonreír. No le extrañaron al hombre ni el cálido gesto ni la alegría sin pudor. Sabía que la vieja tenía a uno de sus nietos en el frente y cada mañana de domingo clavaba flores con rabia y sin rezo en la destartalada imagen de una Virgen que presidía la entrada de la casa de vecinos. Antes de ese nieto, las puso por otro, que no regresó, y así había ido la vieja sumando flores y espera mientras restaba años a su vida. La victoria que celebraban era el anticipo de la paz. La anciana lo sabía y por eso esa mañana, junto a las flores, encendía una vela tan grande que debía de estar provocando en la santa madre de madera más pavor que agradecimiento. Pedro escuchó obediente el consejo de la vecina y decidió que no ganaba nada con salir, así que se metió de nuevo en su casa dejando la puerta abierta para que los sonidos de la calle, que retumbaban en el vacío del patio, lo acompañaran durante el resto de la mañana. Regresó al televisor y se dispuso a seguir las incidencias del día con la misma disciplina con la que los soldados aguardaban en los tanques que aún permanecían en las calles.

Las imágenes iban y venían dando saltos de un escenario a otro, de las calles al palacio presidencial, de los tanques a los barrios, de las trincheras a los refugios, de los soldados a los civiles. Entre imagen e imagen, algunas palabras arrancadas deprisa y con nervios a alguno de los mandos militares que habían propiciado aquel inédito día de la victoria.

Le entró hambre, y al tiempo que escuchó su propio ruido en las tripas, sonó un disparo. Las imágenes comenzaron a saltar en la pantalla. Los planos torcidos que saltaban en los televisores lograron aumentar la desazón de los espectadores. Escuchó un grito que salía de alguna de las viviendas del patio de vecinos. A Pedro el hambre se le fue tal y como le vino. Se sirvió otro café y siguió el ritmo del día a golpe de sustos y anhelos.

La suma de sensaciones lo tenía agotado. Su vejez ya no esperaba encontrarse con el fantasma de la mujer que había llenado cada uno de sus días. Ese temblor en el cuerpo y el frío en los huesos nada tenían que ver con el momento histórico. Algo mucho más invisible lo había dejado agitado y perdido. Aquel rostro plano en la pantalla se le había quedado atragantado, e incapaz de digerir ni a la mujer ni al recuerdo, se puso en pie y comenzó a caminar en redondo por la sala. El pelo blanco, las manos descaradas, la boca muda, los ojos, que lo habían mirado un instante sin ella saberlo, los brazos descolgados pero vivos, el cuello y ese hueco redondo donde había plantado tantos besos. Ella había saltado de la pantalla a su garganta bloqueándole el flujo del aire y la calma.

En un inquieto ir y venir de la sala a la puerta y de la puerta a la sala, con más miedo del que recordaba en muchos años, el hombre decidió que algo tenía que hacer para desmigar los recuerdos que le estaban ya impidiendo hasta el andar y así fue como, en el penúltimo de los vaivenes, tomó el camino al dormitorio en vez de regresar a la sala y con el esmero del que viaja por primera vez, tomó la bolsa de viaje que guardaba polvo y espera debajo de la cama y comenzó a llenarla con alguna muda, camisa limpia, sus mejores zapatos y la chaqueta de lino que solía ponerse en las buenas ocasiones que apenas ya se le presentaban en la vida. El hombre se detuvo un instante antes de cerrar la bolsa de viaje con la que planeaba salir a buscar a la mujer que acababa de encontrar después de tantos años, caminó hasta la cómoda y sacó pluma y papel, porque siendo amante de las letras por devoción y escritor de profesión, consideró Pedro Araujo que viajar sin una carta que entregarle a su llegada habría sido la misma cosa que presentarse desnudo ante María Paula, pues fue por ella que llegó a amar el verbo y las palabras más que las propias acciones y fue con ella con quien había recorrido una vida de amores puros e impuros, de encuentros y extravíos hasta que perdió su rastro para siempre.

Con la decisión firme de encontrarla, Pedro Araujo se encerró a escribir una carta de presentación que le permitiera plantarse ante ella y narrarle lo que el susto no iba a consentirle. Colocó los papeles con primor sobre la misma mesa en la que había recibido su imagen, y una vez afilado lápiz e ingenio, se encorvó y allí se quedó clavado un tiempo que no supo medir. Dos veces cayó la negrura en el cuarto y otras dos recibió la luz con agradecimiento hasta que el punto final le recordó el dolor de espalda.

Con la maleta y la carta listas, se afanó en el aseo. Pedro Araujo nació hermoso hacía ochenta años. Poco habituado a contemplarse, jamás consideró que su belleza pudiera reportarle algo más que la admiración ajena. Era alto y delgado. Mantenía el cuerpo marcado y la piel firme. Su pelo, ahora blanco reluciente, seguía rozando con gracia sus hombros al andar y el obligado gesto de apartar el largo flequillo de su cara le seguía otorgando ese aire distinguido que siempre lo había colocado por encima de la pobreza que lo había visto nacer. De piel morena y porte sereno, su presencia lograba todavía atrapar el halago. Sin apenas mirarse se ató el nudo de la corbata. Desde que la había visto se sentía más anciano que nunca y se esforzó por huir del espejo no fuera que el reflejo de su propia persona le ahuyentara las ganas de ir a buscarla y ponerse frente a ella.

Recogió la casa lo mejor que pudo y supo, y echó la llave al salir. Caminando todavía por la galería sintió a sus espaldas el roce del curioso visillo de la vecina. No eran días para andar moviéndose por el país y mucho menos para un viejo que pretendía viajar a la capital. Aun así, saludó con la mano a la mujer que todavía le seguía los pasos detrás de la cortina. Salió a la calle no sin temor. El fragor de las últimas horas parecía haber pasado, pero la inquietud todavía estaba en las calles. Eran muchos los corrillos de personas que se arremolinaban en las plazas a la espera de las últimas noticias. Con la maleta en la mano y la carta en el pecho, Pedro Araujo puso rumbo a la estación de trenes sin distraerse, y no detuvo el paso hasta darse de bruces con un cartel que colgaba de la taquilla: «Todos los desplazamientos quedan anulados hasta nuevo aviso».

Allí acabó sentado, en un banco de la estación, esperando lo que fuera necesario esperar, porque antes de salir ya había asumido que lo que le quedara por vivir sería para encontrarla. Su determinación por volver a verla incluía la larga espera en ese andén o morirse allí mismo. Esa decisión era la única que se iba a permitir después de saber que María Paula no estaba muerta como le habían anunciado hacía ya demasiados años.

Contando recuerdos y escribiendo letras lo encontró un soldado que le advirtió que ningún civil podía permanecer en la estación. «Esperaré aquí el primer tren, soldado, informe usted a quien deba hacerlo». «Debe usted abandonar la estación, no nos ponga usted más difícil el día, hombre, que ya tenemos bastante con lo nuestro» le dijeron horas más tarde. El hombre se levantó no para obedecer, sino para dejar más clara su decisión y a punto estuvo de pedir su propia detención cuando uno de los soldados lo reconoció. «Usted es el escritor». Tras una llamada y una hora más tarde, el hombre estaba sentado en las dependencias de un improvisado acuartelamiento militar. Un joven capitán se deshacía en halagos hacia su obra y persona. Don Pedro Araujo, el experto militar y el escritor de poemas que tanto los había animado a todos durante la guerra. «Pero Don Pedro, no puede usted viajar a la capital, ahora no, hombre, tenemos puertos y aeropuertos cerrados y las estaciones también.» «Yo tengo que ir a la capital y si hace falta marcho caminando» El joven capitán, que no parecía atender al obcecado deseo del hombre, se dedicó a darle todo tipo de explicaciones. Le contó lo sucedido y aun se atrevió a adelantarle lo que estaba por suceder. «Parece usted cansado, Don Pedro, deje que le ofrezca un bocadillo, no es mucho, pero es todo lo que tenemos por el momento. Están frescos, tome uno».

El capitán se adelantó a los movimientos del anciano y ofreciéndole asiento desenvolvió con habilidad uno de los paquetes y puso la vianda delante del hombre. «Cuénteme Don Pedro, ¿qué es eso tan importante que tiene usted que hacer en la capital y que no puede esperar?» Fue entonces cuando Pedro Araujo se agarró la chaqueta y sacó los pliegos de papel que llevaba doblados en el bolsillo y antes de que el capitán pudiera llevarse el pan a la boca, tuvo delante los temblorosos papeles, tan cerca de su cara que hasta podía oler la tinta. Resignado y con el gesto torcido, el capitán cambió el pan por los papeles, se limpió por vergüenza las manos en la pernera de los revolucionarios pantalones y comenzó a leer la carta con la que Pedro Araujo habría de presentarse ante la recién hallada María Paula Cortés.

El silencio entró en la estancia y se posó en el rostro del joven capitán, que había comenzado a viajar por los papeles de Don Pedro. Bocadillo, mesa y fusil mudaron la urgencia de sus obligaciones para escuchar el crujido de los papeles en las manos del soldado durante el largo tiempo que duró el silencio. Los ojos del capitán, que se abrían redondos y grandes a veces, se amohinaban otras tantas hasta humedecerse sin atender a la militar compostura. Entonces, una vez que hubo acabado, recolocó con respeto las hojas buscando el primer doblez y las devolvió al legítimo dueño de la historia. Poniéndose en pie, el capitán se cuadró ante tanto amor que cabía en aquel hombre y con la mano firme y el pan duro llamó a los soldados que esperaban en la puerta: «¡Cojan un coche, salen ustedes para la capital ahora mismo!»

Llegaron a la ciudad por la tarde. Hacía dos días que las calles habían perdido el ritmo natural y ya no distinguían horas ni costumbres. Había coches militares desplegados por toda la ciudad y alrededor de cada emplazamiento grupos variopintos de personas se arremolinaban en un sinfín de comentarios y opiniones. La tensión se podía palpar desde el interior del vehículo, que se detuvo en varias calles para permitir el tránsito de la multitud de personas que había decidido desobedecer las órdenes del ejército de permanecer en sus casas a la espera de nuevas noticias. A medida que se acercaban al centro de la ciudad, era más complicada la circulación. El joven soldado se detuvo y bajó del vehículo. Pedro vio cómo se mezclaba con los manifestantes hasta que lo perdió de vista. Pensó en bajarse y continuar por su cuenta, pero no quiso causarle problemas a su conductor así que decidió esperarlo. Se dedicó a observar con atención a la gente de la calle, sus gestos, sus movimientos. Bajó la ventanilla y se esforzó por averiguar qué decían, cuáles serían sus opiniones, sus miedos y, sobre todo, la pregunta que a todos les rondaría en ese momento: qué les depararía el futuro a partir de ahora. De repente lo embargó un sentimiento de orgullo patrio que llegó a conmoverlo. El joven conductor dio un golpe en la ventanilla que lo sacó de sus pensamientos.

― Don Pedro ―dijo el recluta con un tono de alto mando que disonaba con su juventud―, a partir de aquí la cosa está imposible.

Pedro Araujo salió del coche con el cuerpo entumecido y le indicó al muchacho que no debía preocuparse. Iba a darle las gracias, pero antes de que hubiera terminado de poner la espalda derecha y todavía ajustándose la cabeza al cuello, recibió un tieso saludo militar de despedida y un deseo de suerte que logró recordarle el objetivo de su viaje.

Estaba plantado en el corazón de una ciudad casi en ruinas, con una maleta en la mano y una carta en el bolsillo que de repente le pesaba más que los ochenta años que llevaba acumulados encima. La ciudad hervía de gente moviéndose de un lado para otro. Había presencia militar en cada esquina y la prensa se desplegaba intentando buscar la última noticia o testimonio.

Se sintió cansado. Debía buscar un lugar donde alojarse. Todo aquello había sido un error, llegar a la ciudad en un momento tan sumamente complicado para todos. Se había dejado llevar por un impulso impropio de su edad, y lo que era mucho peor, impropio de las circunstancias que se estaban viviendo en el país.

Caminó sin rumbo durante horas, hasta que sus ancianos pies pusieron rumbo a la casa que un día había sido la de ella. No pensaba que pudiera encontrarla, pero esa era la única pista que tenía. Se asomó al patio. Allí seguían, reventones de azahar, el naranjo y el limonero que una vez sembraron juntos. ¿Cómo pudo suceder todo? ¿Qué injusto devenir de los acontecimientos los dejó privados al uno del otro? ¿En qué instante la vida les negó el derecho a amarse? Parecían que los dos hubieran nacido para amarse y lo hicieron, hasta que él tuvo que huir. No hubo lugar para las explicaciones, ni para las palabras. Sólo silencio. El destino, sabiendo que se pertenecían el uno al otro, los volvió a colocar frente a frente y de nuevo se amaron, pero ya no fue lo mismo, nunca fue lo mismo.

Ni en las peores pesadillas que hubiera tenido Pedro Araujo a lo largo de su vida se habría imaginado a sí mismo sin palabras en el preciso momento de volver a verla. Pero ocurrió. Pedro Araujo se sintió morir cuando su chaqueta de lino marrón sintió el roce de un vestido negro de lunares que subía con paso viejo los tres escalones que separaban la casa de la calle. Ella, afanada en agarrarse a la pared para no perder el equilibro, no percibió la presencia de aquella tela que se encogía para no tocarla y en cuyo bolsillo viajaba la carta que la vida y un hombre le debían. Chaqueta y vestido se tentaron con el leve aire que provoca el movimiento de los cuerpos, pero no se encontraron. Ella dio las buenas tardes como se dan a un cualquiera, sin tono ni ganas. Pedro Araujo se quedó sin palabras.

Asustado y torpe, Pedro respiró el roce de la mujer cuyo recuerdo lo había gobernado toda la vida. Ella siguió caminando hasta que llegó al patio. Debajo de la dulzona sombra del limonero frenó el paso de pronto. Permaneció quieta, detenida en tiempo y espacio. Un fuerte olor a pasado lo invadió todo. Naranjo y limonero, comprendiendo lo que estaba por llegar, anularon su aroma un instante. María Paula siguió con la mirada el olor y entonces lo vio, con medio cuerpo agarrado a una baranda y el otro medio desparramado ante ella. Era él. Cuarenta años más tarde, era él.

Por la canosa cabeza de la anciana sobrevoló la sombra del amor perdido. Soltó en el suelo las bolsas que llevaba en la mano y se agarró al tronco del árbol. A punto estuvo de desvanecerse mientras su conciencia buscaba dentro el deseo tan lejano, el amor puro y el error, aquel que él le contó la última vez que se vieron para volver a amarse. Acudieron también a ella, sin haber sido convocados, el llanto y el engaño, y el remordimiento, y el amor con otro, tantos años fingido, y el precio tan caramente pagado, y el hijo perdido y el tenido y todos los avatares de un amor imposible que ahora tenía a sus espaldas envuelto en una chaqueta de lino. Antes de que pudiera darse la vuelta y mientras todavía se recomponía del olor de la memoria, él ya estaba detrás.

Tenía los ojos llorosos y una carta temblona en la mano. «Me has encontrado» dijo ella. «No he vivido más que para este momento» dijo él. «Tengo tantas cosas que decirte» le dijo mientras le entregaba la carta. Ella no la abrió, sino que se la guardó en el pecho. «Dime que me quieres y estamos en paz».

FIN